

Las pobres locas

Ana Claudia Martínez

Image not found.

Capítulo 1

Venían agazapadas. Eran unas pobres locas. Caminaban en cuatro patas mientras el tumulto de otras tantas les seguía a escasos metros.

- ¿Estás segura, Juana? ¿No será un poco mucho?

- Que no, muchacha, que te digo que es lo mejor. El otro día, a la hora en que se enciende la hoguera, viste, a eso de la medianoche, bueno, te cuento, a esa hora justito me mostraron el video. Era cortito pero te explicaba todo. ¡No sabés lo que es! Práctico, higiénico, sencillo. Date cuenta que es un tutorial para mujeres encarceladas, así que... te podrás imaginar que no es complicado y se puede hacer en cualquier lugar, hasta en un calabozo.

- Ah... no sé... ¿pero es confiable la youtuber esa? ¿Cuántos suscriptores me dijiste que tenía?

- Pufff... un montón... pará... sí, como 35 k, algo así decía en la descripción, y según mis cálculos la "k" equivale a millones, ¿no? Ayúdame, Alejandría, que vos la tenés re clara.

- Ay, otra vez vos con tus herejías. No seas mala, me vas a arrastrar con tus locuras. ¿De nuevo con tus visiones? La otra vez era que se venía el tsunami no se qué, después la formación de ovnis enviados de este papanatas... ¿Dios, es? – siguió pasando las páginas del libro de astronomía que sobrevivió al incendio de la biblioteca en la que vivía.

- Pero no, nada que ver, esto es en serio. ¿Te acordás que vos me enseñaste a hacer la regla de tres? Para así calcular... ¿cuál era el cálculo? Ah, sí, los días que me quedaban para estar aquí en el infierno y después pasar al purgatorio. Viste que ya ir al purgatorio es otra cosa, ¿no? Todos los días se repite lo mismo pero es más limpio, la temperatura está regulada a veintiún grados todo el año, la comida es cocida y no al horno. A mí las papas asadas ya me tienen harta. Ni te cuento la carne chamuscada. Donde vea una pata más de cordero crocante, te juro que... ¡no sé, mirá!...

- Sí, es verdad. Yo lo miré con vos al video. Está buenísimo. Dice que si hacés el "paso a paso", que está super claro porque no sabés, la mina tiene el trípode y los filtros, entonces el video queda genial, ves cada ángulo de las incisiones y el sonido es perfecto – interrumpió Ana que estaba loca por vengarse, aunque sea a través de otro cuerpo, de aquel atorrante que había sido su marido y le había amputado un pezón porque a ella se le había ocurrido no darle un hijo varón.

- Ay, bueno, está bien. Es que me da como nervio. Yo a este cabrón se la tengo jurada hace rato pero me da miedo. En su nombre es que me dejaron encarcelada por años en aquella porquería junto a mi hija. La pobre nada tenía que ver con las ridiculeces de la iglesia.

- Pero llegó la hora tocaya, llegó la hora. No aflojes ahora. No podemos seguir aquí de olvidadas. Rescatate, Juana.

- Sí, sí, tenés razón. ¡Vamos hermana, vamos! ¿Quién le pone el pañuelo al viejo?

- Yo, dejame a mí. Todavía recuerdo cada intervención quirúrgica ¡y eso que en aquella época ni anestesia había!

Acuerdensé: Juana y Ana le agarran los brazos, mientras el viejo está dormido en la nube, y vos Alejandría te tapas la boca con el pañuelo con el anestésico.

- Sí, tranquila. Cuando se duerma se la cortamos.

- ¡Debe de re doler!

- Que se joda. ¿Para qué juega a ser el todopoderoso, omnipotente y omnipresente?

- Pero es que está grande. Como bulto es enorme. A mí me asombra. Ni mi marido la tenía de ese tamaño y eso que... - Juana no terminó la frase al recordar tamañas dimensiones.

- ¿Y si está dura? ¿Y si no le podemos entrar? ¿Mirá si se la cortamos por la mitad y le queda colgando una parte? ¡Ay, qué impresión! - Ana corría la cara del asco que sentía al imaginarse esa situación dantesca.

- Vamos, chicas, vamos, confianza en nosotras. ¡Hay equipo, vamos que hay equipo! Somos nosotras y aquellas, las ciento veintinueve. Las de la fábrica sabían cómo lidiar con los tipos. Más de una debe haberle cortado también... ¿te creés que no? - guiñó un ojo cómplice la otra Juana para infundir ánimo en las compañeras.

- Vamos, ¡ahora!

Se le treparon encima dejando al pobre Dios desprovisto de fuerzas y posibilidad de defenderse. Entre las piernas y brazos de tantas mujeres se dejó hacer sin ofrecer resistencia. Entregóse al placer del sueño narcótico.

Al despertar se sintió indefenso. En el suelo había tan solo unos jirones de lo que había sido el eterno atuendo blanco. Las nubes que cuidaban sus sueños estaban convertidas en un charco de agua roja. Fue recorriendo el cuerpo con la mirada desde los pies hasta el pecho. Desnudo. Por completo desnudo. Desprovisto de todo vello. Las piernas relucientes y con algún que otro tajo. El miembro expuesto se balanceaba como un péndulo dubitativo. Se palpó la cabeza y el mentón. Rapado. Pelado. Expropiado.

Ya no había un Dios que le habitara. No más omnipresencia, omnipotencia ni poderío absoluto.

Las locas marginadas se mataban de risa al ver, una y otra vez, el video que habían transmitido en vivo de "Cómo cortársela a Dios, sin que ponga el grito en el cielo".

*Inspirado en las vidas marginadas de Juana de Arco, Juana "la loca", Ana Bolena y las 129 trabajadoras que murieron en la fábrica incendiada en

1908 en Nueva York.